





Ollivier

LA PASION



BT430

05

c. 1

008902



1080021112

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

LA
PASION

ENSAYO HISTÓRICO

LA
PASION

ENSAYO HISTÓRICO

POR EL

RDO. P. M. J. OLLIVIER

DEL ORDEN DE PREDICADORES

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR EL DOCTOR

D. JOAQUÍN TORRES ASENSIO

CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MADRID

Con licencia del Ordinario

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Volvenda y Telloz

MADRID

LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO
Calle de la Paz, núm. 6.

1892



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

45482

BT430

05



FONDO INTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imp. de la Sac. edit. de San Francisco de Sales, Flor Baja, 22.



À TODOS

LOS QUE DIOS PRUEBA

EN EL ESPIRITU Ó EN EL CUERPO

EL AUTOR

DEDICA ESTE LIBRO,

QUE ESCRIBIÓ

PENSANDO EN ELLOS

Jerusalén, 2 de Julio de 1890.
fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen.

008002

APROBACIÓN DE LA ORDEN

Visto y aprobado:

FR. BERNARDO CHOCARNE,
Maestro de Teología y exprovincial.

FR. TOMÁS FAUILLÓN
Exprovincial.

IMPRÍMASE:

FR. TOMÁS BOURGEOIS,
Provincial de Francia.

NOS D. CIRIACO MARÍA SANCHA Y HERVAS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, ETC., ETC.

Por el presente y por lo que a Nos corresponde, damos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada **LA PASIÓN**, ensayo histórico, escrita por el Rdo. Padre M. J. Ollivier, del Orden de Predicadores, y traducida del francés por el M. I. Sr. Dr. D. Joaquin Torres Asensio, Canónigo Lectoral de nuestra Santa Iglesia Catedral; mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada y, según la censura, nada contiene que sea contrario al dogma católico, sana moral y demás leyes de la Iglesia.

En testimonio de lo cual, expedimos el presente rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid a 4 de Marzo de 1892.

CIRIACO MARÍA,
Obispo de Madrid-Alcalá.

Por mandado de S. E. I. el Obispo, mi Señor:
JOSÉ BARRA FLORES.

(Hay un sello.)



AL QUE LEYERE

La Pasión de Jesús es el asunto más interesante en que pueda ocuparse el entendimiento humano, como que en ella está vinculado el plan eterno de Dios acerca de nosotros, la consecución ó la pérdida del fin para que hemos sido criados, y entretanto, aun en la presente vida, la resurrección del linaje de Adán que yacía lastimosamente en el lodo de una degradación peor que la misma muerte, envuelto en tinieblas que si á veces le permitían conocer algunas artes indiferentes para los nobles destinos de almas inmortales, pero no le dejaban conocerse á sí mismo, su origen, sus deberes, su fin, ni al Dios á quien debía gratitud, sumisión y amor. Jesús es el principio generador de la civilización; sólo él ha podido decir á la humanidad: *Yo soy la luz del mundo*; y la humanidad ilustrada, lejos de tener nada que replicar, ha inclinado la cabeza y doblado la rodilla. Luego proyectar nueva luz para que mejor se vea al Maestro Redentor es un progreso, y quien tal consigne, merece parabién y agradecimiento.

Con ésta recomendación me complazco en presentar á cuantos hablan la hermosa lengua de Santa Teresa y de Cervantes el libro del Padre dominico Olivier, que con perseverantes afanes é investigaciones muy trabajosas, hechas principalmente en los Santos Lugares, ha logrado reconstituir las circunstancias de la Pasión, resucitar á las personas que intervinieron en pro ó en contra de la divina Víctima, reproducir los lugares en que cada paso se verificó, y las ideas y leyes, usos y costumbres de entonces que tienen relación con el Dios paciente.

Este hermoso libro, es como un cuadro original, en el cual, con el más propio colorido, se nos representa de relieve la divina Víctima, con

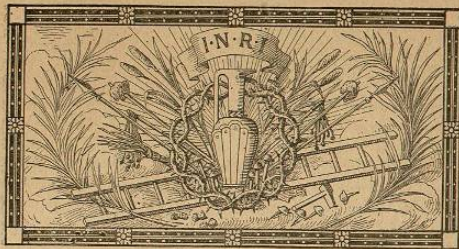
todo el realce que es posible, y parece que estamos bajo la impresión de sus miradas, ora lánguidas, ora enérgicas, siempre para nosotros amorosísimas, y que le vemos ejecutar los actos y movimientos que ya sabemos, pero no tan detalladamente como este libro nos los reproduce, haciéndonos asistir á tan inefables escenas con pleno conocimiento de aquellas personas, amables unas, repulsivas otras, y algunas dignas de compasión.

El lector conocerá, v. gr., cual si viviera en el mismo barrio, al perverso viejo Anás, inspirador de toda aquella raza de vboras; se enterará de las vacilaciones y egoístas cálculos de Pilatos, como si le hubiera visto y oído dar vueltas aburrido en sus salones; y se forjará la ilusión de que lo presencia todo, cual si hubiese logrado deslizarse en los salones de los Sanhedritas ó en los soberbios corredores de la fortaleza en que moraba el orgulloso representante de Roma; ó cual si mezclado entre aquellas turbas inconstantes y dirigidas por malvados que las explotan adulándolas, hubiera recorrido las calles y plazas de Jerusalén en los días y las horas más solemnes que han transcurrido desde que por vez primera el sol alumbró la tierra.

Pero la riqueza de detalles conque éste libro se apodera de nuestra atención, no se debe á una imaginación fecunda, sino al estudio de las fuentes históricas, el cual ha hecho tantos adelantos, que puede reconstruir las ciudades y monumentos que, largos siglos ha, desaparecieron, y hacer moverse en ellos á los hombres que los habitaron. El carácter de este libro, antes que todo es histórico.

Y no por esto crean las almas piadosas que no encontrarán aquí estímulos saludables: antes yo los juzgo tanto más eficaces, cuanto nacen de la realidad vibrante ante nuestros ojos. El libro, á más de crítico y apologético sobre puntos determinados, es piadosamente histórico é históricamente contemplativo. Si el Calvario es la escuela en que más se aprende, si el crucifijo se dice con razón el mejor de todos los libros, este trabajo del P. Olivier, que con amor y devoción he traducido del francés, bien podría llamarse una edición ilustrada.

JOAQUÍN TORRES ASENSIO, *presbítero*.



INTRODUCCIÓN

I

No puede haber para el cristiano estudio alguno, ni más interesante ni más provechoso que el de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Considerando en la historia de los padecimientos y muerte del Salvador solamente lo que impresiona, hay que reconocerla como la primera entre las lecturas capaces de conmover y aun apasionar las almas; y si se trata de levantarlas, de inspirarles el gusto de las virtudes varoniles y el sentido de lo que es prueba y expiación, de infundirles confianza en Dios con el deseo de unírsele en el santo abandono de sí mismas, ¿qué exhortaciones podrán igualarse á esta predicación, cuyo encanto han gustado, cuyo atractivo han experimentado tantos corazones?

*La ciencia de Jesús crucificado*¹, que dice San Pablo, es seguramente la que más necesita el cristiano en

¹ 1 Cor., II, 2: "Non enim iudicavi me scire aliquid... nisi Jesum Christum et hunc crucifixum."

cualquier estado que su alma se encuentre delante de Dios. Si es pecador, aprende á esperar el perdón y á detestar la culpa. Si todavía se conserva fiel, pero trabado por las seducciones del mal, ve los sufrimientos expiatorios que prepara á la víctima celestial. Si se sostiene de pie, pero tibio, encuentra estímulos poderosos de abnegación, mortificación y desprecio del mundo, que pasa, y del tiempo, que vuela. Si está alto, por la gracia de una vocación más perfecta y de correspondencia más exacta aún á la práctica de los consejos evangélicos, se asegura en amar las humillaciones, el abandono, los sufrimientos, al contemplar el abandono en que muere en una cruz el hijo de David, el Redentor y Rey de Israel¹.

En particular, si contrapone la divinidad de Jesús al abatimiento á que le vemos descender, y si con la meditación logra medir la inmensidad del amor de donde procede ese aniquilamiento, ¿podrá menos de asombrarse y consolarse á la vez, abismarse, diremos mejor, y elevarse, no obstante, al más alto grado de esperanza y de caridad, al reflexionar que él mismo es el objeto de este amor y el motivo de esa muerte?

Mas se comprende fácilmente que ese trabajo será tanto más seguro y provechoso cuanto más ahonde el alma en el misterio de su redención: lo cual debe comenzar por la consideración atenta de los incidentes relativos á la expiación de nuestros pecados, según plugo á Nuestro Señor llevarla á cabo en sus dos agónias de Gethsemani y del Calvario.

II

A eso pretende contribuir el libro que hoy damos al público, con el deseo de ser útiles á todos y el gozo de

1. * Nam ex profundo corde et totis viscerum medullis eam (passionem Jesu Christi) perscrutanti, multi passus imperati occurrerent, ex quibus novam compassionem, novum amorem, novas consolationes, et per consequens novum quandam statum dulcedinis susciperet, que sibi presagia et participalia glorie viderentur. — L'ANDELFO CARTUJANO: *Vita Jesu Christi*, pars II, c. LVIII, 1.

pensar que lo seremos para muchos. Imposible es disminuir el atractivo de un asunto como éste hasta el punto de que ya no conmueva y aproveche al lector; y, por otra parte, siempre se puede poner de relieve algún rasgo inadvertido, de modo que se le dé nuevo interés y utilidad. El Evangelio es un mundo sin límites, donde fácilmente pueden hacerse felices descubrimientos: la historia de la Pasión goza del mismo carácter y reserva iguales goces á los que en ella se fijan seriamente. Sobre esta materia abundan los libros, todos diferentes, todos útiles y todos incompletos, es decir, que dejan campo inmenso por recorrer, y una mina imposible de agotar. Abrigamos la confianza de haber avanzado en ella algunos pasos, y haber tomado del filón algunas pepitas del oro que Dios ha puesto en él.

Pero semejante manera de tratar la Pasión no se puede emprender en su conjunto con la misma probabilidad de buen resultado que un estudio que se ciña á un solo punto de vista. Así lo entendieron casi todos los que han escrito sobre la Pasión del Señor; y si alguno intentó hacer una exposición histórica y doctrinal á la vez, tuvo necesariamente que sacrificar uno de los dos elementos, cuando no le ha sucedido que empobreciera entrambos á la vez. Por eso este trabajo es nada más histórico, y se limita á la exposición de los hechos según el Evangelio mismo, la tradición católica ó la historia contemporánea. Esto exige una explicación.

III

Dicen que el Evangelio es extremadamente sobrio en detalles, y que, por consiguiente, descuida multitud de hechos y circunstancias, por cuya falta carecemos de noticias precisas y originales.

Eso es un error fácil de refutar. El Evangelio se escribió para lectores que no necesitaban de esos deta-

lles, puesto que vivían en el mismo tiempo y en los mismos lugares que Nuestro Señor¹. Los evangelistas no tenían que explicar nada: se les comprendía, digámoslo así, á medias palabras. Los Judíos, para completar la relación de los *Sinópticos*², contaban con sus costumbres seculares y con sus libros sagrados, de los cuales tomaban todo lo que no aprendían por la rutina de la vida y por la enseñanza ordinaria. Los Griegos y los Romanos, mezclados con los de Siria, los Asiáticos vecinos de la Palestina se encontraban casi en igual caso³. Verdad es que á medida que se extendía la predicación de los Apóstoles, hacían más falta los comentaristas; pero en mucho tiempo no salieron de un círculo bien reducido, como se ve por el Evangelio de San Juan⁴, que, desde este punto de vista, es tan poco diferente de los *Sinópticos*. Jerusalén y Roma tenían un carácter de estabilidad y de persistencia que permitía dejar pasar mucho tiempo sin cambiar.

Los Evangelios, pues, se aclaran desde luego por sí mismos; es decir, que su lenguaje, en medio de su concisión, tiene toda la claridad y aun toda la abundancia que puede apetecerse⁵ para los que conocen bastante la literatura y las costumbres judías, griegas y romanas de aquella época.

El *Antiguo Testamento* es un comentario anticipado del *Nuevo*, comentario tan completo como pueda desearse, sobre todo en nuestros días, en que los estudios bíblicos han tomado tanto vuelo y dado tan felices resultados. La vida pública y privada de los Israelitas nos es ahora familiar: vivimos con ellos como contemporáneos á quien la cualidad de Gentiles no cerrará la entrada del atrio interior.

1 San Matco escribió su Evangelio hacia el año 41; San Marcos, el 47 ó 48; San Lucas, el 51 ó 53. El mismo San Juan escribía todavía para los contemporáneos del Salvador.

2 Es el nombre que se da á los tres primeros Evangelios.

3 CHEVALLIER: *Récits évangéliques*, Introduction, p. 17.

4 Escrito entre el año 78 y 95, más cerca de este último, según la opinión común. CAMUS (*Vie de N. S.*, I. 45) supone el año 80.

5 CHEVALLIER: *Récits évangéliques*, Introduction, p. 8.

Otro tanto nos pasa con los Griegos y los Romanos, cuyas leyes y usos conocemos admirablemente. Los seguimos paso á paso, si así puede decirse, por el territorio de Israel. Las simpatías ó los odios con que se encontraron, los sabemos tan bien como ellos, y podríamos dar informe de eso delante del Senado ó del César con toda la seguridad de procuradores ó tribunos que volvieran de cumplir su misión en Palestina.

Quedan ciertamente sombras sobre algunos puntos secundarios; pero el conjunto es conocido con bastante claridad, y nos deja poco sentimiento por lo que nos falta. Así, ayudada de la historia la exégesis, el Evangelio resulta un libro, cuyas palabras, á cada golpe de vista, tienen mayor claridad, precisión y alcance: toda la atención que se le dedica la paga con progresivo conocimiento y seguridad, que crece por sí misma, y no tarda en producir la certidumbre perfecta.

IV

En el estudio de los Evangelios nos ayudan singularmente los esfuerzos de los rabinos en los *Talmudes*¹ y la inmovilidad del Oriente.

Con su apresurado empeño de recoger las tradiciones de los antiguos y los comentarios de los Escribas, los rabinos² han amontonado confusamente los más variados y contradictorios documentos. Pero en este *estercolero*, lo mismo que en el de Ennio, *hay perlas*, que son para nosotros una riqueza. No debemos gratitud ninguna á los compiladores de los *Talmudes*, pues trabajaron en contra de Jesús y de sus discípulos; mas no por eso han dejado de llevar su piedra para el pedes-

1 El *Talmud* de Jerusalén y el de Babilonia. Aquí comprendemos todo el conjunto de los trabajos rabínicos. Véase LEDRAIN: *Hist. d'Israël*, t. II, p. 453 y siguientes.

2 Los rabinos no se han de considerar, cual sucede en Francia, como levitas ni sacerdotes. El rabinismo en sí no tiene nada que ver con el sacerdocio. El rabino es, si se quiere, un *clérigo* en el sentido de *hombre de letras ó sabio*, mas no en el de *eclesiástico*. Desde la ruina de Jerusalén y del Templo, el judaísmo no tiene sacrificio ni sacerdocio.

tal sobre que hoy se eleva triunfante la Cruz, y aunque no merezcan llamarse *pedras angulares*¹, muchas, sin embargo, tienen un valor excepcional. Frecuentemente el texto sagrado encuentra su justificación en las lucubraciones de los rabinos: á veces también su verdadero sentido nos es conocido solamente por ellas, y el rayo de luz que nos guía nos viene de esta lámpara, con la cual estaban ellos muy lejos de creer que alumbrarían nuestro camino.

Por otra parte, en Oriente no cambia nada, ni los hombres, ni las costumbres, no obstante los trastornos que han ayudado al trabajo ordinario de los siglos. Los lugares mismos conservan su fisonomía, con tan ligeras diferencias, que la imaginación reconstituye sin gran esfuerzo el escenario de los grandes dramas de antiguos tiempos. La naturaleza del suelo, particularmente en Judea, y más aún en Jerusalén, asegura al viajero el gozo de besar las huellas del Salvador: si los escombros desfiguran el aspecto primitivo en un sitio, en otros ciento no se ha modificado por la fuerza misma de las cosas. Además, en Oriente las ruinas tienen la ventaja de fijar los recuerdos, y cuando sirven de base á otras ruinas más modernas y menos nobles, el lugar que consagran no queda menos determinado. Tienen los Romanos por costumbre reedificar las obras que destruían dándolas por cimiento los restos mismos del antiguo edificio: hay numerosos ejemplos. Los Judíos de Babilonia seguían la misma ley, y los Orientales modernos la conservan fielmente, pero con la diferencia que los Romanos reedificaban ampliando y embelleciendo, mientras los Israelitas y los Árabes se contentan las más veces con las antiguas proporciones y el mismo aspecto. De este modo las poblaciones cambian poco de fisonomía, y en la Jerusalén actual, por ejemplo, no es muy difícil encontrar la Jerusalén del tiempo de Jesucristo².

¹ MATH. XXI. 12: "In caput anguli."

² Esta inmovilidad del Oriente ha llamado la atención de todos los viajeros, y sería inútil citar á ninguno en particular.

V

En verdad, los *sabios* han promovido discusiones interminables para la averiguación de ciertos lugares, en particular del Calvario y del Santo Sepulcro. Pero sería demasiada candidez no ver la causa de esta contienda más ó menos cortés, entre protestantes y católicos, y, sobre todo, entre racionalistas y cristianos. Mientras no se trataba de la fe en Cristo Redentor, la cuestión de los Santos Lugares estaba clara: la han embrollado para extraviar la creencia católica y acabar con el culto que se da á las sagradas reliquias de la Redención. En vano el Evangelio, la historia y la tradición daban testimonios precisos y concordantes: se formaban argumentos con algunas afirmaciones erróneas ó dudosas, que siempre acompañan á los datos primitivos en el curso de los siglos, para rechazar el todo con desprecio. Y lo que es más de admirar, los escritores cristianos, principalmente los católicos, se apresuraron á tomar en serio á los demoleedores, tenidos por sabiondos, porque armaban mucho ruido. Esos escritores reprodujeron aquí y allá, con vacilaciones los argumentos, cuya insuficiencia se mostraban previamente dispuestos á reconocer. Si algunos más animosos se atrevían á negar en redondo el valor de las argucias heréticas ó racionalistas, se les trataba de temerarios, dignos de ser desautorizados. En nuestros días hay reacción, pero lenta, con notable falta de confianza por parte de los católicos: no parece sino que les cuesta trabajo el tener razón¹.

Como quiera que sea, para el presente estudio nos quedan bastantes elementos incontestables, como el lector verá. No concedemos mucho espacio á querellas ociosas, pero se lo damos bastante considerable á las discusiones provechosas para mostrar el valor de

¹ Para ser justos, tenemos que reconocer que esta reacción se debe en gran parte á los trabajos de los protestantes y americanos.

las garantías en que se funda nuestra persuasión, persuasión que no pretendemos imponer; queremos que ella se imponga.

VI

La discreción con que procedemos en la elección de documentos, ¿nos prohíbe aprovecharnos de las *revelaciones* de que se ha hecho uso frecuente en tales casos? Sin quitar nada á la estimación que merecen las obras de Santa Brígida, de la venerable María de Agreda, de sor Catalina Enmerich, no podemos, sin embargo, reconocer en ellas el valor de documentos históricos; y la razón de esto se dice en dos palabras. Ante todo sería menester ponerlas de acuerdo. Abundan en tales obras las contradicciones acerca de un mismo hecho; las cuales, si no perjudican á la edificación, propia de semejantes escritos, impiden absolutamente que se les invoque como demostraciones¹.

El punto de la inspiración sobrenatural, ateniéndonos al rigor de la palabra, no entra aquí para nada. Al dar á ciertas almas la más viva luz sobre la Pasión y muerte del Redentor, el Espíritu Santo no estaba obligado á presentarles estos hechos con sus detalles rigurosamente exactos. De que Santa Brígida vea la crucifixión con los ojos de los artistas bizantinos, y la venerable María de Agreda con los de los artistas españoles², no se sigue que esas dos almas no fueran maravillosamente penetradas de amor y de compasión, como pudieran haberlo sido si se hubiesen encontrado al pie de la Cruz con la Magdalena. La inspiración podía también producirles sorpresa y turbación penosas, mostrándoles á los actores del drama del Calvario

¹ Véanse á este propósito las excelentes observaciones del Abate CHEVALLER (*Récits évangéliques*, Introducción, p. 62 y siguientes).

² Las *Revelaciones* de Santa Brígida parecen escritas en vista de las miniaturas de Florencia ó del Vaticano y de los frescos de Bolonia ó Roma, obras bizantinas del siglo iv hasta el xii. La *Mística Ciudad de Dios* se inspira, por el contrario, en Ribera y Zurbarán. La *Pasión Dolorosa*, de Martín Ševcen y Alberto Durero.

con fisonomía diferente de la que les ofrecía el arte local ó contemporáneo. Desde su infancia habían ellas visto al Salvador, á María, San Juan, Pilatos, los soldados y los verdugos, con colores que era difícil é inútil modificar. ¿A qué conducía, por ejemplo, que Catalina Enmerich dejara de ver á Malco con la facha de un veterano de Alberto Durero¹, *aplicando su manopla de hierro* á la mejilla del Divino Maestro? ¿Es menos lastimera la flagelación viéndola, en espíritu, muy diferentemente de como correspondía á las costumbres romanas y judías? Seguramente Dios no se proponía fijar en el alma de estas piadosas mujeres el recuerdo de la Pasión con detalles tomados de la columna de Trajano, ó de los bajorelieves de Fenicia. A las revelaciones no se les ha de pedir lo que no hay en ellas; no se ha de hacer, como algunos hacen, que la historia y la naturaleza no puedan tener razón contra el modo de comprender tales escritos. Las mismas Santas iluminadas se habrían desmentido formalmente, y aun habrían reprochado el error al Espíritu Santo, si se hubiesen mostrado tan exigentes como esos sus lectores. No han hecho tal cosa, y parece que adivinaron el dictamen que Benedicto XIV había de dar acerca de las *visiones* y la manera de interpretarlas².

Sin embargo, no hemos querido privarnos de un recurso precioso, orillando las explicaciones tomadas de la venerable Agreda ó de Catalina Enmerich³; en más de una ocasión muestran una intuición delicada y poderosa que ilustra y anima el texto del Evangelio. Tienen, además, cierta gracia humana y divina á la vez, de que no puede carecer la historia evangélica. El genio de Bossuet y la fe de Santa Brígida se unen admirablemente para hacer más y más provechosa la me-

¹ *Dolourense Passion*, c. viii.

² BENEDICT. XIV: *de Canonizatione sanctorum*.

³ Hay otras muchas *Revelaciones* de donde pueden tomarse datos útiles; nosotros nos hemos aprovechado solamente de las más conocidas actualmente. La venerable Agreda y Catalina Enmerich están ahora muy en boga; se asemejan tanto que la más moderna parece haber copiado á la primera.

ditación de las humillaciones y dolores de Nuestro Señor Jesucristo.

VII

Al decir que presentamos al lector una narración justificada con testimonios incontestables, no abrigamos la pretensión de una certidumbre absoluta cuando ya no tenemos el texto mismo original del Evangelio para apoyar nuestra aserción, y aun hacemos justas reservas acerca de este texto cuando deja abierta la puerta á la discusión. Como dice muy bien Landulfo Cartujano, ciertos puntos no se podrían dilucidar sino por una revelación¹, no de esas que antes examinábamos, sino semejante á la de donde procede el Evangelio. Pero de ahí no se sigue que nosotros no podamos tener por exacta nuestra relación cuando es conforme á los datos de la tradición y de la historia, y no se le puede oponer con autoridad otra manera de presentar los hechos. Nos creemos con derecho de decir al lector: «Las cosas debieron de pasar así.» Es lo que al cabo deseamos, y nos parece que hemos conseguido nuestro objeto.

En esta nuestra época abundan las *restituciones* ó reconstituciones de lo pasado. La historia no se contenta ya con exposiciones rápidas y consideraciones generales, en que la fisonomía de los sucesos y de los personajes corre peligro de alterarse hasta lo absurdo; sino que procede con creciente afán de detalles para llegar á la exactitud perfecta, á lo que puede llamarse el *colorido local* para las costumbres y caracteres, igual que para los lugares y las circunstancias, y frecuentemente logra llegar á ello con éxito completo, proporcionándonos verdaderamente la sensación de lo *vivo*, por hablar á la moda. Nosotros hemos ensayado recorrer este camino y realizar este ideal sin

¹ *Vita Jesu Christi*, p. 2.^a, c. lxxii, 9: «Certe scribi non potest nisi per revelationem.»

forjarnos ilusiones tocante á las faltas del método y á las imperfecciones del resultado. Mas siendo como es el mundo indulgente con los restauradores de la antigüedad profana ó sagrada, debe serlo también con nosotros cuando emprendemos el hacerle ver exactamente el Calvario. Tanto más contamos con esa indulgencia, cuando suele aplaudir ensayos hechos con más buena voluntad que verdadera competencia. Si no lo hemos hecho mejor, á lo menos lo hemos procurado, y en condición de no hacerlo menos bien.

Los escritores de otros tiempos, en las prefaciones que enderezaban al *amigo lector*, decían con sencillez lo que pensaban de su libro, y se complacían en extenderse acerca del trabajo preparatorio para mejor asegurarse la estima y simpatías del público. Los prólogos se leen distraídamente, y sería tal vez tiempo perdido imitar á los antiguos. Sin embargo, no puede disgustarle al lector saber que este libro es fruto de prolongados estudios comenzados en Francia, continuados en Oriente¹, utilizados desde luego en forma de predicación² y, finalmente, retocados muchas veces desde el primer capítulo hasta el último. Si se ha hecho *con amore*, como dicen los italianos, lo ha sido también *cum labore*. Trabajo que, menester es confesarlo, nunca ha sido penoso; pues, como ha dicho con exactitud San Agustín, *ubi amatur, non laboratur, aut si laboratur labor amatur*.

Los lectores echarán de ver pronto que el autor ha puesto gran cuidado en no afirmar cosa alguna sin apoyarla en una autoridad digna de consideración, sea por lo demás cual fuere: «lo bueno se toma donde se encuentra», y los trabajos de los protestantes ó de los racionalistas á veces valen tanto y acaso más que los libros de los católicos sobre las mismas cuestiones. ¿Por qué, pues, preferir éstos á aquellos en tales casos? La antigüedad ha formulado la re-

¹ Sobre todo durante los años 1885 y 1890.

² En París, durante la Cuaresma de 1887, pronunciado en la iglesia de San Roque.

gla de conducta que entonces procede: «*Fas est ab hoste doceri.*» El desdén que algunos escritores creyentes muestran á todo lo que no es de los suyos no puede servir á la causa de la verdad; si el infiel tiene razón, ¿por qué no se ha de reconocer y aprovecharse de la luz que Dios ha puesto en sus manos?

VIII

Confesamos de buen grado que la escuela inglesa nos ha hecho los mejores servicios; no despreciamos á la escuela alemana, pero no podemos hacer el mismo elogio de ella. Cuanto á los recursos tomados de trabajos recientes de procedencia francesa, son considerables, y nos complacemos tanto más en reconocerlo así, cuanto menor propensión parece que hay á hacer justicia á los hombres de ciencia y de talento que representan esta escuela. ¡Cosa extraña! No son únicamente los adversarios quien aparentan no conocerlos¹; parece que no hacen caso de ellos los católicos mismos con su desconfianza habitual de cuanto de ellos proviene. Y, sin embargo, hombres como Vigouroux, Fillion, Chevalier, Fouard, Le Camus y tantos otros, bien merecen ser leídos y citados en compañía de los mejores. Si son amigos nuestros, eso no es motivo para negarles el testimonio con que honramos á nuestros enemigos cuando lo merecen. Esta gazmoñería escandaliza juntamente á los que hacen reír á costa nuestra, y á los que deberfan, por nosotros, reírse á costa del error.

¹ Es muy instructivo leer las listas biográficas que van al frente de ciertos escritos protestantes acerca de Jesucristo. Citan sin reparo á Salvador, Strauss, Renan, Flaubert, etc., y parece que no conocen ó desprecian lo que han dado á luz los católicos de treinta años acá. Véase, por ejemplo, *Staffer: La Palestine*, página 26 y siguientes.

IX

Las almas piadosas juzgarán probablemente que en esta obra hay demasiado poco para ellas. En verdad, el objeto de este libro no es suministrarles para la meditación los temas que encuentran ordinariamente en los escritos relativos á la Pasión del divino Maestro, con las aspiraciones y resoluciones que ayudan su corazón y su voluntad. Este es histórico ante todo y se limita á referir, dejando al lector el cuidado de fecundizar la relación con su esfuerzo personal siguiendo la acción de la gracia. Por lo demás, los hechos tienen en sí mismos virtud muy suficiente para edificar y mover nuestros sentimientos; hablan un lenguaje bastante persuasivo para que nos quedemos sin tener nada que decir, sino muy al contrario. La vista del Crucifijo, según nosotros la hemos procurado presentar, nos parece que suple bien á los discursos, que desde entonces son inútiles, si no conducen á distraer y perturbar.

En la iglesia de los Capuchinos de la Plaza Barberini, de Roma, hay un cuadro que representa á *Cristo en la Cruz*, del cual se cuenta la siguiente leyenda:

Un joven extremadamente relajado quería dar su alma al demonio á cambio de un resto de vida y de placeres. Durante su conversación con el espíritu maligno tuvo una inspiración singular.

—¿Estabas en el Calvario (le preguntó) y viste morir á Cristo?

—Sí,—respondió Satanás.

—¿Podrías, pues, reproducir aquella escena por medio de la pintura?

—Sin duda alguna.

—Pues bien, yo exijo antes de cerrar el trato, que me hagas ese cuadro. Es un capricho que quiero satisfacer.»

Sorprendido el diablo se resistió al principio, después convino en ello. Al día siguiente envió al joven

un pequeño lienzo en que estaba pintada la *crucifixión*, cuya vista impresionó tanto á aquella alma extraviada, que se abismó en el arrepentimiento, como Pedro en el pretorio por la mirada de su Maestro.

Yo he visto esta pintura y, lo confieso para confusión mía, no me ha causado más impresión que la de que es una obra pobrísima. Pero Dios se sirve de los medios más humildes para producir los más maravillosos efectos. ¿Tendrá mi libro la suerte feliz del Crucifijo de los Capuchinos, como se le asemeja en la medianía? Así lo espero, á condición de que el lector, antes de comenzar ó de volver á leerlo, haga una oración en que su caridad pida á la misericordia de Dios por el autor, profundamente agradecido.

FR. MARÍA JOSÉ OLLIVIER,
de la Orden de Predicadores.



LIBRO PRIMERO EN JERUSALÉN.

CAPÍTULO PRIMERO.

JERUSALÉN EN EL AÑO 34 DE JESUCRISTO ¹.

Jerusalem, quae occidis prophetas
et lapidas eos qui ad te missi sunt,
quoties volui congregare filios tuos
quemadmodum gallina congregat pul-
los suos sub alas, et noluisti.

MATTH., XXIII, 37.

Sería casi imposible seguir, como conviene, la historia de la Pasión, no teniendo desde luego idea exacta del tiempo y de los lugares en que se verificó. Sólo Jerusalén explica este drama, cuyo cuadro no es posible figurarse

¹ Seguimos la tradición, contra la que no se ha presentado ningún argumento concluyente. Cuanto á la cronología, aceptamos la de Fouard, según el cual Jesús nació el año 749 de Roma, casi cuatro años antes de la era vulgar.